

LAURA QUINTANA CRELIS.

*F*ditorial Crítica acaba de publicar un libro titulado *Arte poética*, que reúne seis conferencias pronunciadas por Borges en la Universidad de Harvard en los años de 1967 y 1968. En la tercera, Borges se refiere al sentido que los antiguos daban a la palabra poeta. Dice que el poeta era un hacedor, un narrador de historias, y que la épica procuraba recoger las voces del coraje y la esperanza. A lo que Borges quiere llegar es al hecho de que la literatura moderna ya no cree en los héroes, y a la certidumbre de que la novela en general se ocupa de la caída y fracaso de su personaje. Dice que ya no es factible la existencia de un héroe como Aquiles, que ataca una ciudad que sabe que no conquistará nunca, ni la de un Ulises, cuyo arrojo lo sumerge en magníficas aventuras. En los tiempos modernos sencillamente no creemos en el heroísmo. Pareciese que ya no somos capaces de confiar en los finales felices o, al menos, de creer que vale la pena jugarse la cabeza (y probablemente perderla) por un valor, un amor, una vocación. Borges dice que la gente está ansiosa de épica y señala el éxito del cine de Hollywood. Dice que si la poesía (como la entendemos ahora) y el arte de narrar historias volvieran a juntarse estaría ocurriendo algo importante.

En resumen, lo que creo que Borges quiere decir es que todos necesitamos héroes literarios para que sean nuestro ejemplo, y que además anhelamos tener nuestra propia y pequeña ración de heroísmo dándonos enteros por algo en lo que creemos con devoción. Yo tengo devoción por varias cosas y una entre ellas es la literatura. Creo que al fabricar historias, el constructor se confiere el dominio de un mundo: crea un espacio donde reina y es feliz: un nicho donde todo está bien aunque eventualmente el mundo pueda caerse a sus pies en otros sentidos. No sé si creo en una vocación innata. Pienso que todos tenemos la posibilidad de escoger nuestras vidas y que es nuestro deber ser consecuentes y perseverantes cuando algo (en este caso la literatura) nos ha deslumbrado. En la Divina Comedia (también cuenta Borges), Ulises convence a sus hombres de ofender a Dios traspasando las columnas de Hércules, que es el límite que Dios ha impuesto a la necesidad humana de conocer. Dios los castigará hundiendo el barco y mandándolos a todos al infierno. Pero no podemos olvidar el

llamado de Ulises: ninguno de nosotros ha nacido para destinos mediocres, sino para buscar la virtud y el conocimiento. Como decían los primeros conquistadores de América: "cada hombre un rey", y para reinar sólo es preciso escoger una fe y entregarse a ella con devoción.

El cholula

EN LA ESCUELA me decían *el cholula*. Dicen que en Cholula hay 350 iglesias, una para cada día del año. No creo que sea verdad, pero tampoco me importa. Es cierto que uno se tropieza con una capilla al voltear en todas las esquinas, y que una entre ellas está en la cumbre de la pirámide más grande de América. Pero a mí me decían *el cholula* porque en Cholula hay un manicomio.

Mis papás me llevaban al manicomio un domingo cada tres semanas. Eso no se lo dije a mis compañeros, para no darles más alas en esto del apodo. Ya de por sí tenía bastantes problemas: "Si te dicen así, debe de ser por algo".

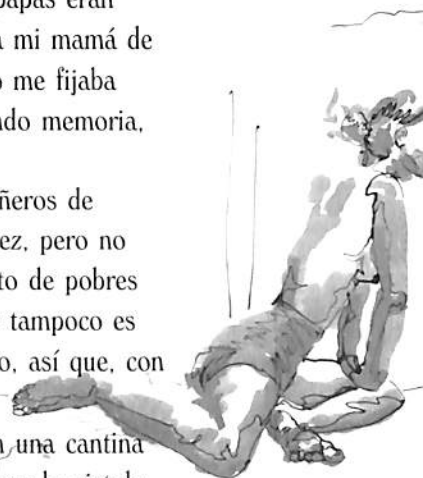
En el manicomio visitábamos a un vecino de los tiempos en que mis papás eran chicos. Parecía un hombre normal. Cuando salíamos mi papá le hablaba a mi mamá de las marcas que tenía en los tobillos. Decía que seguramente lo ataban. Yo me fijaba siempre y también presumía de que se las había visto, pero ahora, haciendo memoria, tengo que reconocer que mentía. Nunca vi nada.

El vecino ya hace rato que está tres metros bajo tierra. De mis compañeros de escuela no volví a saber nada. Me los debo de haber encontrado alguna vez, pero no los reconocí. De seguro crecieron para entrar en las filas del 71 por ciento de pobres que no cobran más de dos mil pesos al mes y que viven de prestado. Eso tampoco es cosa que me interese mucho. No hay tema más importante que uno mismo, así que, con su permiso, vuelvo a lo que vuelvo.

Yo crecí sin novedad hasta que desafortunadamente me emborraché en una cantina un día que cargaba la pistola. Usted me dirá que quién me manda andar con la pistola cuando sé que voy a tomar y que tomado se me sale lo salvaje. No tengo nada que objetarle y reconozco que tiene la razón, pero la razón que tiene es muy poca y esa poca que tiene ya no importa nada. Llegamos a las palabras y le solté un tiro con tan mala suerte que lo mató en el instante. Me tuve que ir *al otro lado* a cambiar de vida.

Allá se me hizo la luz y me puse a predicar la palabra de Dios. Yo estaba descaminado, esa es la verdad. Hacía mucho tiempo que no hallaba ni para dónde. Entonces vino Él a mí y vi todo claro.

Pensé que me habían descifrado el destino desde muy pronto, cuando mis compañeros adivinaron que entre Dios, la iglesia y yo había *algo*: en ese entonces empecé a presumir el apodo que hasta entonces ocultaba.



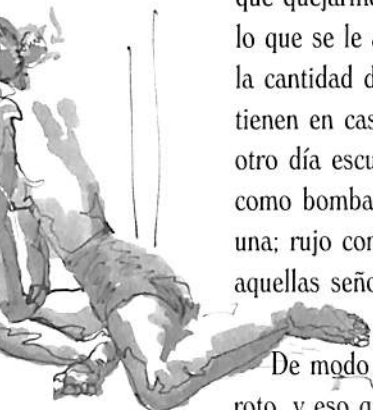
No me puedo quejar de aquellos tiempos. La gente es piadosa y le teme a Dios, como debe de ser. Las más de las veces me recibían en sus casas, me acompañaban en la lectura de los pasajes, me daban de desayunar, comer o cenar según fuera la hora, me donaban recursos para sostener la iglesia. Yo andaba bien vestido, tenía siempre mis dolaritos de sobra y no me tomaba con rencor cuando alguna vez los menos fieles me tiraban agua a la cabeza desde los balcones. Era un optimista y un inocentote, porque andaba con el corazón en la mano todo el tiempo. Ahora me acuerdo de esas duchas de agua helada y me dan ganas de partirle la quijada a los graciosos.

Pero por aquel entonces yo era un alma de Dios —todo me salía bien y no tenía de qué quejarme. ¿Qué ganas tiene de pelear el hombre que come a sus horas, trabaja en lo que se le antoja y le da gusto al cuerpo cuando se le da la gana? Porque hay que ver la cantidad de mujeres que tienen necesidad. Los casados ya ni se fijan en las que tienen en casa, así que uno, modestamente, se vuelve artículo de la canasta básica. El otro día escuché en la radio un programa sobre señoras neuróticas que estallaban como bombas por cualquier motivo y luego andaban lamentándose: “exploto, decía una; rujo como un león”. Yo no pude evitar acordarme de aquellos tiempos y de aquellas señoras. Si con un poquito de atención volverían a ser las melosas gatitas de antes.

De modo que hice muchas amistades. Al rato ya había dejado uno que otro corazón roto, y eso que soy feo, para qué más que la verdad. No soy hombre de una sola mujer, eso se lo digo a todas. Que las visito y soy puntual para no chocar con el marido, sí. Pero de ahí a lo otro hay una gran distancia. No compromisos, pensaba entonces. Los compromisos encadenan al hombre. Yo he nacido para ser ave de paso, para amar por un ratito. Si veía que una se me pegaba un punto más de lo estrictamente indispensable, levantaba el vuelo y me encontraba pronto en otro nido calentito. Soy hombre que ha nacido para muchas mujeres; me prodigo con generosidad porque no me gusta el egoísmo.

Pero todo, y más lo bueno, se termina, así que pronto me vi de regreso en mi pueblo y otra vez casi en calzones. No había administrado bien mis ganancias, pero además salieron a la luz algunos detallitos de mis negocios que hubieran debido quedarse en secreto, así que me corrieron de mi iglesia y me quedé de nuevo solo, abandonado por todas mis mujeres. La lealtad no es cosa frecuente en este mundo de Dios, eso es lo que aprendí en el país vecino. De vuelta en casa, no tuve de qué quejarme; ahora allá tampoco están tan bien, los pobres, pero tampoco le voy a hablar de la tan mentada y esperada guerra nuclear: usted sabe mejor que nadie que ahora tengo cosas más importantes de qué preocuparme.

Me metí en la política. Después de darle vueltas al mundo y de hacer toda clase de experimentos en mi vida, me encontré la vocación cuando menos lo esperaba. Ya desde mi primer puestecito, me di cuenta de que aquello era lo mío. Me sentía como pez en el agua y me movía todavía mejor. Yo no tenía grandes aspiraciones, la verdad es que



ADRIANA BORBÓN.

sólo quería sacarme una casita y mantener a las dos viejas y al puñado de escuincles que ya tenía para entonces, pero al poco rato me di cuenta de que estaba hecho para aquello y de que mis aptitudes me convertían en un político excelente. (Déjeme señalarle, entre paréntesis, que, ave de paso y todo, estoy ya a la altura de mi vida en que la familia es cosa importante).

Y otra vez hice muchos amigos. No quise decirle antes, porque me daba vergüenza, pero la verdad es que se me quedó un nudo en la garganta por la soledad que sufrí en mis primeros años, cuando me decían *cholula* y se alejaban de mí —yo era un niño muy sensible—: ahora soy escuchado y mi opinión cuenta. Sin necesidad de ir más lejos, hace apenas unos días estuve dándole consejos a unos muchachitos nuevos, que se ve que los necesitaban. “Con los recursos públicos, les dije, no hay que ser avorazados. Roben con moderación, que hay para todos...” Pero la gente sólo piensa en sí misma. Si quiere que le diga la verdad, no creo que me hagan caso.

Me encontré con su amigo, el que me conoce, que dice que estuvo conmigo en la escuela, debajo del monumento ese que está en la calle de Aldama. Primero déjeme aclararle que no lo conocí hasta ese día y que hubiera deseado no haberlo visto nunca. Le habló mal de mí, eso lo sé. Soy muy sensible —algunas cosas nos quedan de la infancia—, y tengo un sentido extra para adivinar este tipo de cosas. Más de una vez me han dicho que soy *intuitivo*. Pero ahora yo le he abierto mi corazón y quiero asegurarle que he sido completamente sincero. No tengo pelos en la lengua y cuando tengo que decir algo lo digo sin asustarme. Que estaba orinando en la estatua... pues sí, ya ve que no le miento. Quería acordarme de los viejos tiempos, cuando era chamaco y hacía esas locuras. Aunque macho, ya ve que en el fondo soy un romántico. Pero él estaba en lo mismo, si no, ¿cómo habríamos podido conversar en circunstancias tan extrañas? Me dijo que habíamos sido compañeros en la escuela y yo le dije que me acordaba... ¿para qué llevarle la contraria?... Me vio el coche y de seguro le dio envidia. No cualquiera anda en un coche de esos... Ahora él le ha ido a decir quién sabe qué cosas de mí y lo ha puesto en mi contra. Me quiere sacar de mi posición sin motivo aparente y por eso le vengo a dar el testimonio de mí mismo. Soy un hombre de bien, ya lo ve. En mi vida, no hay nada más que pecadillos. Hablo con la verdad, lo que entre la gente que conozco no es frecuente. Le dejo a usted decidir qué hacer conmigo y le pido que piense, otra vez, en mis viejas y en mis chamacos. Y a lo que le dijo el tan mentado no haga caso:

¡Puros cuentos! LC